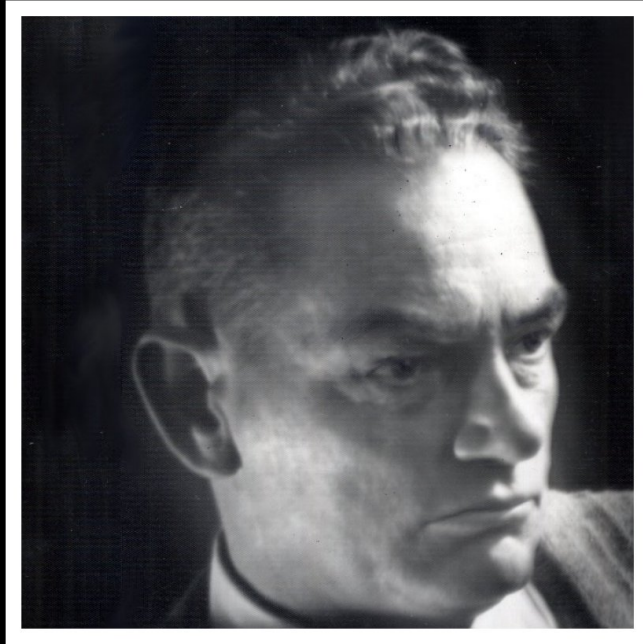


Juan José Morosoli



El Retobador

textos.info
biblioteca digital abierta

El Retobador

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8555

Título: El Retobador

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 17 de abril de 2025

Fecha de modificación: 17 de abril de 2025

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Retobador

Menchaca vivía en un rancho de mojinete sillón con la crimera de paja despareja y erizada. A pocos pasos del rancho crecía un tunal de higos chumbos, al que los muchachos arrojaban desde la calle trozos de lata y vidrio. Con sol fuerte, latas y vidrios hacían cerrar los ojos con su juego de reflejos. El desorden de tunas terminaba en un cerco de cina cina. Cicutas e hinojos crecían entre un osario de cabezas de vaca.

Se le veía dos veces por semana. Era cuando iba al mercado seguido por su perro, un "pelado" lleno de costras, con algunos pelos sobre los ojos pitañosos y en el tronco de la cola. Del mercado volvía con una cabeza de vaca, sin sesos y sin lengua, donde los ojos parecían escapar de la corteza rojiza, y los dientes de la carretilla parecían adelantarse en un avance de voracidad grotesca. La marcha del hombre con su carga, su perro lento y los ojos aquellos de la vaca, que no parecían estar muertos sino muriendo, daban al grupo una espantosa apariencia de vida y muerte, unidas y fraternas.

Después el rancho agresivo y triste, los guardaba como la vaina gusanera guarda al gusano.

* * *

Menchaca no tenía amigos, ni a su rancho llegaban vendedores de cosa alguna. La excepción era Melgarejo que llegaba alguna vez, para salir luego a comprar yerba o galleta. O cuando iba a llevarle perros para sacrificar.

Entonces entraba conduciendo el perro por la parte de atrás del rancho, donde nacía un zanjón que iba a morir en la culata del cementerio, entre las tablas medio podridas de los cajones que dejaban las "reducciones" y el orín de las coronas de lata y alambres.

Tenía Melgarejo una manera especial de amansar perros. Aun aquéllos más acobardados por el hombre, "de éstos que ven venir un cristiano y

cambian de rumbo", le seguían luego de dos o tres encuentros, cabrestiendo tras un simple piolín de remontar cometas.

Claro que Melgarejo se ayudaba. Siempre llevaba en el bolsillo algún trozo de carne a medio abombar, para que diera enseguida en el olfato del animal.

Cuando le echaba el ojo a un perro vagabundo, le interesaba con esta especie de ceba que consistía en arrojarle pequeños trozos de carne. Después el perro venía solo, porque todo perro, aunque ande huyendo de los hombres, busca encontrar uno para amo.

—No hay perro que no desee amo —decía Melgarejo. Y agregaba—. Lo que pasa es que desea encontrarlo donde él mismo anda...

Que era decir en las carneadas y los basureros, porque él, los amigos los encuentra por el olfato.

Tras dos o tres encuentros, los perros se le entregaban. Entonces Melgarejo se los llevaba a Menchaca.

* * *

Ya estaba el desgraciado con la piola grasienta en el pescuezo, cuando Melgarejo salía por la puerta del frente conduciendo al propio perro de Menchaca.

—Ya estamos de degüello otra vez —comentaban los vecinos.

O esto otro:

—¡Desalmao! ¡No morir rabioso de perro!

Por el trabajo de pasear el perro de Menchaca, Melgarejo recibía tres reales. Aquél no quería que su propio perro viera el sacrificio de su hermano de raza.

—Quiere a su perro como a un hijo —decía Melgarejo.

* * *

Ya estaba el cuero estaqueado, oreando en el alero del rancho, cuando

volvía Melgarejo. El perro se acercaba a Menchaca con amorosos aullidos apagados, que el hombre recibía agachado, dejándose acariciar, o levantaba el perro de cara sobre el hombro como a un niño.

Melgarejo iba a enterrar el desollado y la cosa terminaba allí.

Sólo una vez, al regreso de estos paseos el perro aulló por horas.

—Será que olió el espíritu —dijo Melgarejo.

Y contestó Menchaca:

—Si lo enterraste bien no jiede... Y espíritu tienes, los cristianos cuando están vivos.

* * *

Al llegar el otoño Menchaca hacía una salida hacia las sierras. Iba a buscar un yuyo que sólo él conocía, de cuyo cocimiento resultaba un líquido vinoso con el que luego depilaba los cueros. Después venía un lento trabajo, de sobeo a mordaza primero, y a mano después, con lo que los cueros quedaban como seda. De la picana salían los tientos, sacados a cuchillo de hoja fina como un silbido, para hacer las costuras. Con estos materiales Menchaca retobaba pelotas de frontón. Era un artista en el oficio. Desde lejos llegaban gentes que traían las esferas de goma al retobador. A veces tenía vendida con un año anticipado su producción. Le conocían su nombre en "medio país".

—Cuando este hombre se muera —decían los compradores de aquellas esferas perfectas— se acaba este oficio... Es un maestro sin discípulos.

Porque retobadores, como aquel no había ninguno.

* * *

Un día Melgarejo lo encontró muerto. Estaba sentado en el catre de guascas "mirando la puerta". Parecía descansar tranquilamente. El perro —ya estaba sordo y ciego el pelado— dormitaba a su lado.

* * *

Volvió Melgarejo con dos o tres vecinos.

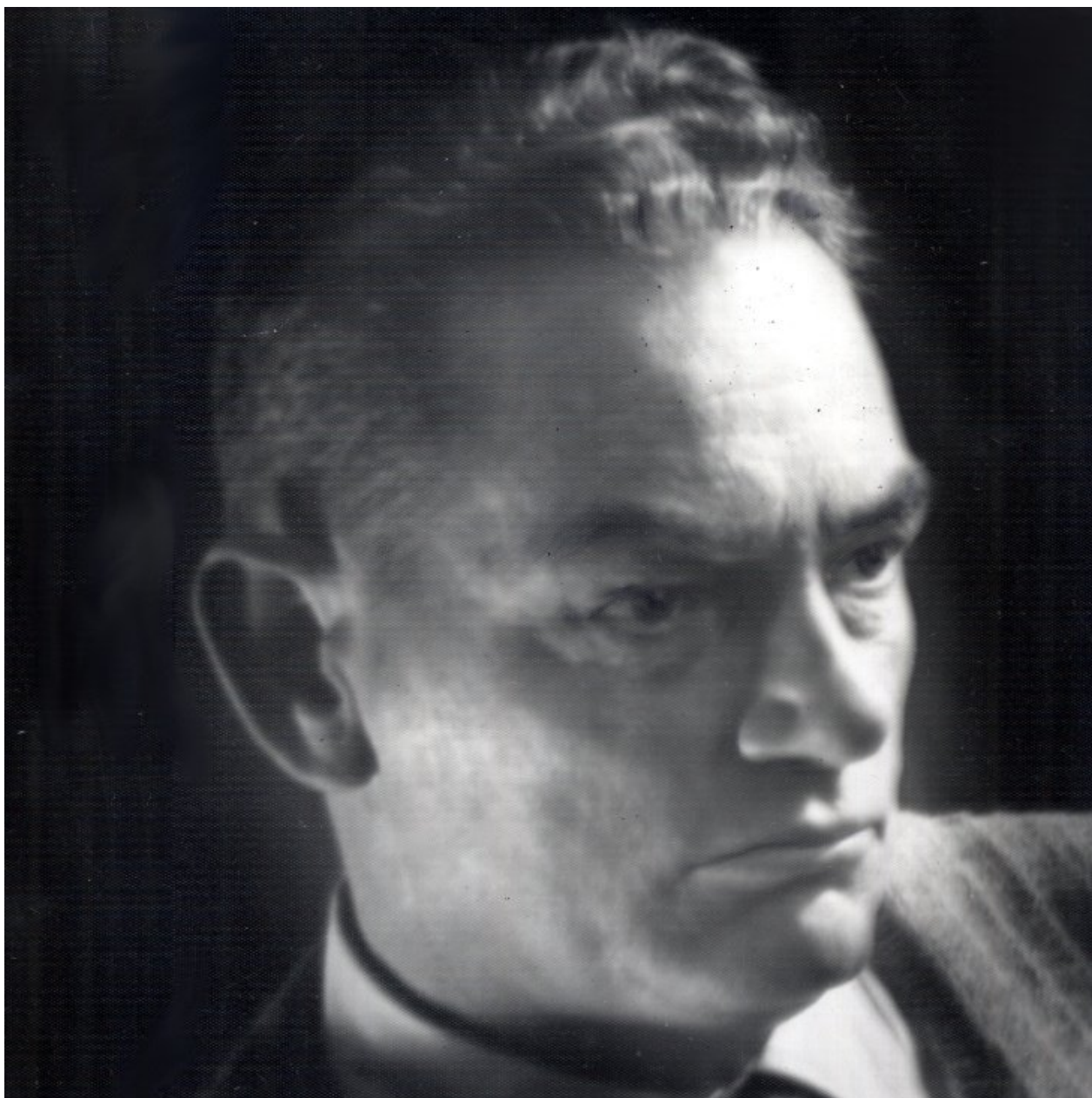
—Fíjese —dijo uno— ha muerto como un santo este desalmao...

El otro contestó:

—¡Yo qué sé!... Hay desalmaos que mueren mejor que los buenos...

Y salieron todos a dar esas vueltas que siempre hay que dar para enterrar a un hombre...

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables,

forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.